

UN PAPA "CURA DE PUEBLO"

PIO X fue un cura de pueblo, y Juan XXIII también lo fue, al menos por su espíritu y carácter. Y ahora Juan Pablo I vuelve a enlazar con estas series de Papas "pastores", enraizados en la tierra y viviendo entre los hombres corrientes.

Muchos católicos —y no católicos— se han sorprendido de esta elección. No conocían a Luciani como obispo, ni como patriarca de Venecia. Lo mismo que pasó con Pío X a principios de siglo, o con Juan XXIII hace unos años. Y, sin embargo, ambos pasaron a la Historia. El primero como el Papa doctrinalmente rígido que, en el Vaticano, olvidó casi siempre lo que había aprendido entre sus sencillos fieles, dejándose llevar por los asustadizos intelectuales de la derecha, como el conservador cardenal Billot que le escribió la terrible aunque aguda encíclica contra el pensamiento y la cultura modernos llamada "Pascendi". Sólo parecía recordar Pío X las exageraciones que tuvo siendo obispo, cuando se asustaba de que sus curas fuesen en la recién inventada bicicleta y les conminaba a abandonarla, bajo pena de suspensión de todas sus funciones sacerdotales (eso que se llama suspensión "a divinis").

En cambio, Juan XXIII —intelectualmente no muy distinto de Pío X— tenía otro talante: no se asustaba fácilmente, ni tampoco desconfiaba de los hombres. Sabía que todos somos débiles, pero que casi nunca procedemos de mala fe. Por eso, en vez de lanzar suspensiones a los curas o excomuniones a los seglares, prefería la palabra sincera, pero amable y hasta con su punto de humor, como correctivo de aquellos que se desviaban del camino por él considerado como mejor.

Ahora ha accedido al solio pontificio un Papa-incógnita, ocupando, con evidente ausencia de prosopopeya, el máximo puesto de dirigente de ese ejército de 710 millones de seguidores que componen la Iglesia católica diseminada por todo el mundo. Incógnita que todos tenemos la curiosidad de intentar desvelar, a la luz de las anécdotas de vida que, poco a poco, y sin ninguna pretensión de importancia empiezan a conocerse día tras día. Lo malo es que, en nuestro país, ha habido muchos que las han interpretado en sentido pesimista, como si no tuvieran alguna otra interpretación más aceptable. Otros, en cambio, para contrarrestar esta postura parcial pretenden describirnos el futuro episcopado universal de Juan Pablo I bajo un prisma idílico que resulta falso, y hasta poco atractivo para los hombres de finales del siglo XX que desconfían de las bellas

palabras, más o menos cursis, y de razonamientos que carecen de realismo.

La Iglesia es mal conocida por los católicos: unos —lo mismo integristas que progresistas— quieren a todo trance idealizarla, y si hoy evidentemente no pueden hacerlo, creen románticamente que, mediante su titánico esfuerzo, podrán alcanzar esta meta ideal a no tardar mucho. Otros viven siempre inquietos y en crisis porque —teniendo en el fondo la misma imagen ideal— son más pesimistas y nunca ven que llega a realizarse; por eso se desaniman cayendo, cada vez mayor número de ellos, en una situación psicológica de frustración, que conduce con frecuencia a crisis religiosamente insolubles.

No: la Iglesia es de carne y hueso, y el espíritu se encuentra siempre en ella oculto por una tupida hojarasca que le resta gran parte de su vida profunda. Y la pretensión de que esa profusa hojarasca se convierta un día en verde y lozano jardín, es una pura ilusión. La comunidad de los fieles creyentes, con todo ese aparato que la envuelve, tiene de todo, bueno y malo. Y su porvenir no será distinto de lo que hasta ahora hemos visto, después de veinte siglos de existencia. A lo único que podemos aspirar es a que tal envoltura no nos asfixie totalmente. Por eso el creyente realista confía en que, a pesar de todo, ahí —en medio de ese lodazal— se encuentra una pequeña pero suficiente luz como para iluminar al que no es un idealista a ultranza ni un pesimista integral. Esa pequeña luz del Evangelio que nos transmite una Buena Noticia: la de que el Amor —así con mayúscula— es, a pesar de todo, más fuerte que el odio. Que en esta vida lo positivo es más decisivo que lo negativo; sobre todo si nosotros cooperamos para que el bien venza al mal, yendo codo con codo unidos todos los hombres de buena voluntad sin discriminaciones ideológicas ni de ningún otro género. Todos podemos ir en línea hacia adelante, aunque esta línea siempre esté torcida.

Luciani —el hombre que es nuevo Papa— resulta el paradigma de esto mismo que aquí quiero expresar. Su principal mensaje no es ni el de su importancia ni el de sus carencias: es su vida sencilla de hombre común en la Iglesia que nunca supera ni superará la categoría de un hombre medio; pero que, sin embargo, da muy poca importancia a la hojarasca eclesial que envuelve el núcleo vital del Evangelio. Por eso algunos pensamos que se parecerá más a Juan XXIII que a Pío X.

Cuando era obispo no resultó ser ningún dirigente extraordinario. Su trabajo

E.
MIRET
MAGDA
LENA

era —según él mismo contaba— de lo más modesto y prosaico, igual que haría un cura de pueblo a mitad de camino entre lo que era un sacerdote funcionario de antaño y el actual sacerdote progresista: "Me ocupaba de hacer visitas a los niños, a los obreros, a los enfermos".

Ahora, al ser Papa, querría hacer algo parecido, pero a nivel universal. Por eso se ha ocupado en primer término de "defender los derechos y la dignidad de todos los hombres, especialmente de los desheredados y de las minorías marginadas". En cambio se siente como perdido en medio de la espesa selva virgen vaticana. Y para no quedar mal, ha confesado con su brizna de humor: "Lo primero que se me ocurrió al hacerme los cardenales Papa, fue leerme el Anuario Pontificio para conocer mejor la organización en la que me habían metido, y que no sabía bien cómo era".

A los sacerdotes les dirigió unas palabras —como todas las suyas— a pie de tierra, diciéndoles algo que ha sentado mal a los progresistas porque no le han entendido. Su lenguaje, no lo olvidemos, es el lenguaje de un cura de pueblo de hace unos años; y es preciso traducir sus palabras a nuestra cultura más sofisticada de hombres metidos de lleno en la sociedad moderna. Las palabras que utilizó fueron: "Evita la tentación de ser amados por los fieles más que por Dios". Pero a continuación aclaró su sentido añadiendo: "Evita ser demasiado débiles por temor a perder el afecto de los hombres".

¿Qué querrá decir esta frase doble? Para mí está claro: piensa el Papa Luciani que no debemos dejarnos llevar en la Iglesia ni por el sentimentalismo que carece de perspectiva transformadora social, creyendo que todo lo arreglamos con una visión sentimental de ayuda artesanal y compasiva a los demás, y —al mismo tiempo— tampoco debemos caer en la tentación de anhelar demasiado el afecto de los hombres poderosos o simplemente conservadores que pueden influir sobre nosotros, o coaccionarnos con su poder o su incuria.

Un "cura de pueblo", sí; pero cuya clave hemos de intentar descubrir para no quedarnos en el puro negativismo, que no resolverá la grave crisis que tiene hoy nuestra Iglesia. ■